

Miércoles XXXII del TO Ciclo A



15 de noviembre de 2023

Sab 6, 1-11

Sal 81

Lc 17, 11-19

P. Eduardo Suanzes, msp

Seguimos avanzando en el Evangelio de Lucas y seguimos acompañando a Jesús en su camino de Galilea a Jerusalén. En el episodio de hoy Jesús se encuentra entre Samaría y Galilea entrando en una aldea¹. De los evangelistas, solo Lucas relata esta historia de la curación de los diez leprosos en donde destaca explícitamente el papel de la fe en el discernimiento del milagro.

En efecto, después de un breve relato del milagro, todo el interés del relato se centra en el comportamiento de los beneficiarios: nueve desaparecen, y sólo uno vuelve para agradecerse a Jesús dando gloria a Dios. Lo interesante es que la curación no se produce al instante, sino cuando los diez, cumpliendo la orden de Jesús, van de camino a presentarse a los sacerdotes. Sólo al que vuelve le dice Jesús: «*Tu fe te ha salvado*».

La salvación de que aquí se trata es mucho más que la curación² y es la que da sentido al ministerio de Jesús: los otros nueve leprosos también han sido curados, pero no han sabido descubrir el sentido del milagro; sólo el décimo ha sabido ver en su curación el don de Dios en Jesucristo; es decir, **que es la fe la que da su sentido al milagro**³. En esta ocasión parece que la fe no es fruto del milagro, sino que la fe le da sentido. Los otros nueve se curaron, sí; fueron a presentarse (seguramente) a los sacerdotes para que testificases su reingreso a la vida social; pero se quedaron ahí. Solo uno fue salvado, es decir, solo a él se le transformó la vida. Y es entonces cuando Lucas muestra «la carta que se guardaba en la manga»: **este era un samaritano**. Una cosa es ser curado por Jesús, y otra ver en esa curación una señal de la acción salvífica de Dios activa en Jesús y responder a ella con alabanzas y gratitud, recibiendo así de Jesús seguridad de la propia salvación.

Sabemos que este tipo de dolencias tenían un intenso carácter social: el rechazo del enfermo por la sociedad era tajante y sin excusas: su dolencia es consecuencia del pecado

¹ Esta referencia geográfica es un tanto confusa..., es más, ininteligible, porque ya había dejado claro Lucas que Jesús se encontraba en Samaría (9, 51-56). Además la forma en que está escrita en griego es de lo más extraña, y sin parangón en todo el Antiguo Testamento en griego (LXX) y en el Nuevo; porque literalmente escribe: «*pasaba por en medio de Samaría y Galilea*», lo que es imposible ya que Samaría está al sur de Galilea. La Liturgia, comprensiblemente, lo traduce buscando darle sentido a la frase, como si estuvieran en la frontera, pero esto no es lo que escribe Lucas. En fin, cosas del evangelista.

² Cfr. también Lc 7, 50: el final del relato de la mujer pecadora que perfuma los pies de Jesús en el banquete de la casa del fariseo: «*tu fe te ha salvado*»

³ Cfr. XAVIER LÉON-DUFOUR. *Los milagros de Jesús según el Nuevo Testamento*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1979. JOHN P. MIER. *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. T. II*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 2000

y, por lo tanto, es un impuro. Se le expulsa de la vida social (rechazo social), pero también del culto: el mismo Dios es quien lo rechaza (rechazo ritual)⁴.

Siempre andaban juntos los diez, unidos por el rechazo común; pero al darse la vuelta el samaritano para agradecer a Jesús por su curación los otros nueve (implícitamente judíos) le dieron a espalda: después de todo aquel era un samaritano, un mestizo cismático. Los diez estaban unidos por el rechazo de la sociedad, por el dolor de la enfermedad, por el rechazo ritual. Solo bastó la curación, verse libres de esa carga pesada, para que esa unión saltara por los aires: el apestado, el samaritano, seguía siendo un apestado: el seguirá siendo rechazado. La lepra ya no estaba en sus cuerpos, pero seguía en sus corazones. Sin embargo, ése cismático, es el único salvado, fue al único al que se le quitó del alma la dolencia. Era como si esa lepra que controlaba sus vidas, diera paso, en los nueve que no supieron acoger la misericordia, a otra lepra imperceptible en sus corazones. ***El agradecimiento es la memoria del corazón***, pero el único que lo tuvo fue el samaritano. Es como si Lucas nos estuviera diciendo que el único, en realidad, que se dejó mirar por Jesús fue ese samaritano.

En el relato, todo comenzó con un acto de misericordia por parte de Jesús: Jesús siempre cura y salva al que recibe su misericordia, de hecho el relato comienza con una petición de sincera misericordia por parte de los diez, pero solo uno la recibió como tal. Esto es lo que perseguía Jesús con sus curaciones, más allá del hecho físico-corporal de la misma. Lo que pretendía Jesús era la transformación de la vida, la salvación, porque para eso había venido al mundo: para dar vida y vida en abundancia⁵. Es por eso que, acto seguido a este relato, Jesús exclamará: «*el reino de Dios está entre ustedes*»⁶, como veremos mañana.

Ya Moisés en el Deuteronomio había dicho al pueblo: «*Guárdate muy bien de olvidar los hechos que presenciaron tus ojos, que no se aparten de tu memoria mientras te dure la vida*»⁷. Pues pienso que aquí está la clave del asunto y la invitación para todos nosotros: ***el agradecimiento es la memoria del corazón***

Para Lucas todo esto prefigura lo que él mismo referirá en los Hechos de los Apóstoles: muchos judíos rechazan el Evangelio, mientras que muchos samaritanos –así como numerosos gentiles– lo aceptarán⁸.

⁴ En la Biblia y en la sociedad judía la lepra era considerada un castigo divino (María, hermana de Moisés, fue castigada con ella por murmurar contra su hermano; el rey Ozías también por rebelarse contra Yahvé; el criado de Eliseo por apropiarse indebidamente de una recompensa). El leproso es un impuro ritual total, nadie puede estar cerca de él, ni mucho menos tocarle, pues incurriría en impureza grave. Tampoco puede acercarse a nadie, sino que debe advertir desde lejos su enfermedad para que se alejen de él. El mayor mal de estos diez hombres es la "impureza". Han sido condenados por su religión a estar alejado no sólo de los hombres, sino, sobre todo, de Dios. La impureza es eso: alejamiento de Dios. A estos hombres (y a todos los que simbolizan) le han imbuido que Dios no quiere nada con ellos, que Dios les rechaza, y eso conlleva para ellos un radical complejo de mancha, de indignidad ante Dios, y, con ello, la pérdida de toda expectativa vital y de salvación. Son muertos en vida, son unos condenados.

⁵ Cfr. Jn 10,10

⁶ 17,21

⁷ Dt 4,9

⁸ Cfr. Hech. 8, 5-25; 7, 54-8,3